

Temperamental Jazz

Por José María Fonollosa

, III. LOUIS ARMSTRONG

He aquí el último artículo de la serie que ha escrito José María Fonollosa dedicada a ahondar con aguda psicología en las reacciones más típicas del temperamento negro a través de tres grandes intérpretes del jazz de todos los tiempos: Bessie Smith, Fats Waller y Louis Armstrong.

La enorme personalidad de Louis Armstrong llena todo el ciclo evolutivo del jazz, porque reúne en sí las siete características indispensables para la creación jazzística:

inspiración,
facilidad de concepción,
facilidad de expresión,
espontaneidad,
múltiples recursos técnicos,
imaginación melódica y
swing.

Todo ello hace de Louis Armstrong la suma de los auténticos valores del jazz.

Nacido en 1900 en New Orleans (la libertina ciudad que reunía en su célebre barrio, Storyville, todos los placeres sensoriales), ya de pequeño le gustó codearse con los músicos. La corneta de Bunk Johnson interpretando blues le emocionó. Y quiso aprender a tocar él también en este instrumento las canciones que llenaban su corazón. Pero como Louis Armstrong sustituyó a King Oliver en la banda de Kid Ory primero y fue a Chicago después para reunirse, como segundo trompeta, con la del propio King Oliver, y desde aquí, siguiendo los consejos de su esposa, Lil Harding, partió hacia Nueva York para unirse al grupo Fletcher Henderson, y luego a otras orquestas, pertenece a la historia que no cabe en los reducidos límites de este artículo. Baste sólo decir que él valorizó al máximo la interpretación solista. Su **Hot Five**—corneta, clarinete, trombón, piano y banjo—, iniciado en Chicago bajo los auspicios de Clarence Williams, recogió lo mejor del estilo New Orleans: improvisación conjunta, libertad de expresión, pero dando a cada uno la oportunidad de decir su propio mensaje musical.

* * *

Los músicos blancos y negros imitaron su estilo. Y en tanto Freddie Keppard no había querido impresionar muchos discos para que no fuera copiada su peculiar manera de tocar, Armstrong se prodigó largamente. Pero no le bastaban los estudios fonográficos y el bullicio de las salas de

balle. Los numerosos pañuelos a cuyo uso le obligaba su abundante transpiración se asomaron a las candilejas de los escenarios, donde su trompeta y su voz prendían en el aire de la sala las canciones que llenaban su corazón; donde su absorbente vitalidad hacía desbordar el entusiasmo de los espectadores.

* * *

Armstrong tenía necesidad de contacto directo, de calor de comprensión; necesidad de sentirse cerca de los humanos seres, para sentirse más cerca de sí mismo. Y quizás este mismo anhelo es el que hace que su música tenga tan profundas raíces humanas. En su obra es precisamente donde se encuentran mejor representadas la alegría y tristeza de su raza, escapándose incluso de la simple pigmentación de la piel, para convertirse en el color o alegría que todos experimentan. En el tenso silencio del teatro, enfundado en un smoking, o en mangas de camisa en el estudio fonográfico, su franco humorismo es siempre sano, simple, sencillo; es la risa que nace de la bondad, sin deseo de herir, exenta de retorcimientos cerebrales. El **Hobo you can't ride this train** es buena muestra de ello.

El acento de su tristeza (esa tristeza que deja siempre abierta una puerta a la esperanza, aún sabiendo que ningún consuelo puede ya esperar) es cálido y sincero. Recordemos la nostalgia del **When your lover has gone**, y en el magnífico **Lawd, you made the night too long**, su protesta apasionada, mas, sin embargo, llena de resignación. Su poder de adaptación al tema que desarrolla es enorme y está en todo instante completamente identificado con la emoción que desea sugerir, la emoción que él mismo experimenta. Emoción que incluso aflora a su semblante, con su risa jovial y comunicativa, o con los ojos cerrados y tensos los músculos del cuello, como si él fuera entonces un destello tangible físico, de su música.

* * *

Forma Armstrong, con Bessie Smith
Pasa a la página 7

Louis Armstrong

